

Juan Carlos Ubilluz Raygada

El sujeto criollo y el fujimonte-*cinismo*

Resumen

Se examina, con un buen número de ejemplos y uso de categorías del psicoanálisis lacaniano, un fenómeno sociopolítico peruano circunscrito en las décadas del noventa y como correlato del período presidencial de Alberto Fujimori. Éste consiste en una indulgencia del pueblo para aceptar todo lo desdeñable del gobierno de aquél. La hipótesis explicativa se postula como la condición de tal estado de cosas sociopolíticas y se divide en dos puntos: la actitud de la comunidad indulgente implicaba su cinismo, una posición subjetiva, y —lo que definimos como— la *pendejada*, una narrativa fantasmática. El artículo culmina con tres sugerencias generales para afrontar las paradojas examinadas.

Palabras clave

SUBJETIVIDAD PERUANA, FUJIMORISMO, CINISMO, FANTASÍA.

Summary

Is examined, with a good number of examples and use of categories of the lacanian's psychoanalysis, a circumscribed Peruvian sociopolitical phenomenon in the Nineties and like a costory of the presidential period of Alberto Fujimori. This one consists of an indulgence of the town to accept all the despicable one of the government of that one. The explanatory hypothesis is postulated as the condition of such state of sociopolitical things and is divided in two points: the attitude of the indulgent community implied its cynicism, a subjective position, and — that we defined as — the *pendejada*, a fantasmatical narrative. The article culminates with three general suggestions to confront the examined paradoxes

Key words

PERUVIAN SUBJECTIVITY, FUJIMORISM, CYNICISM, FANTASY.

Hay quienes piensan que se ha hablado del fujimontesinismo hasta el hartazgo y que el seguirlo haciendo delata un gusto por la obscenidad. El presente escrito no va en esa dirección e intenta, en cambio, llenar un vacío en la conceptualización de los sucesos de la década pasada. Para ello, nos alejamos de esa tendencia televisiva que erige al fujimontesinismo como un objeto de contemplación para hacer de él un espejo en el cual se enrostre el televidente. Apagada la televisión, el espectador no puede escapar el reflejo de su rostro en la pantalla oscura. O, para decirlo con una analogía sartreana, vertiendo la luz de un reflector hacia el *voyeur* tras el ojo de la cerradura, éste pasa automáticamente de sujeto a objeto de la mirada, de espectador a espectáculo. Explicaré por qué tantos peruanos apoyaron a un gobierno tan corrupto como el de Fujimori a pesar de que ya existían evidencias, o, al menos, claros indicios de sus crímenes, mucho antes de la aparición de los *vladivideos*.¹ En defensa de la población, hay quienes arguyen que no existían evidencias contundentes de estos crímenes. Pero aun teniendo la extrema cortesía de ceder en este punto, es evidente que el hacer caso omiso de las señales de peligro refleja cierta complicidad entre los segmentos enterados de la población y la maquinaria gubernamental.² Sumar dos más dos para hallar el crimen en el cuatro no le corresponde solamente al experto analista. No basta, por ello, con afirmar tampoco que la indulgencia de la población ante las transgresiones del fujimontesinismo se debió a que éste supo montar bien la patraña. Contentarse con esta explicación es como cubrir un nido de ratas con un cuadro.

Alejándome de esos analistas políticos que temen a la bravura de las aguas, me aventuraré a ensayar una hipótesis perturbadora: la indulgencia de la población ante los crímenes del gobierno de Fujimori se debió a que ésta se hallaba atrapada en una posición subjetiva (el cinismo) y una narrativa

- 1 Para recordar sólo algunos, está la denuncia de Susana Higushi sobre la venta de la ropa donada por Japón a individuos de escasos recursos en el Perú, la acusación del narcotraficante Demetrio Chávez Peñaherrera (alias Vaticano) con respecto a la participación de Vladimiro Montesinos en el narcotráfico, la información infiltrada por agentes del SIE (que luego serían muertos o torturados) acerca de las matanzas perpetradas por el grupo paramilitar Colina en la Cantuta y Barrios Altos, la patética reinterpretación de Torres y Torres Lara del artículo 218 de la Constitución del 93 para permitir la re-elección de Fujimori, la expropiación sistemática de los medios de comunicación que eran ajenos a los designios del régimen (hasta llegar al punto de que en la elección del año 2000 se viera en la televisión todo tipo de programas menos la cobertura electoral) y las concesiones de obras públicas del ministro de Economía Jorge Camet a su propia empresa constructora (alegando con un descaro sin precedentes, al ser criticado por la prensa a raíz de una de ellas, que no existía tal favoritismo de su parte ya que el gerente de la empresa no era él sino su hijo).
- 2 Enfatizo que nos estamos refiriendo principalmente a los peruanos enterados del quehacer nacional y no a aquellos que por condiciones socioeconómicas adversas no tenían cómo enterarse de los crímenes ya mencionados.

fantasmática (la pendejada) que funcionaban como el *sine qua non* del orden fujimontesinista.

El sujeto criollo y la pendejada como fantasía

En «La transgresión como forma específica de goce del mundo criollo», Gonzalo Portocarrero estudia cómo, desde la época de la colonia, se instala en el Perú un orden transgresivo. Antes de proseguir, convendría recordar quizá la diferencia entre transgresión y subversión. La transgresión, como la define Bataille,³ no implica la negación o el cuestionamiento de la ley sino una suspensión temporal que la completa. Un ejemplo: en los carnavales descritos por Bakhtin amos y siervos intercambiaban sus roles sociales por un tiempo determinado, tiempo al final del cual se retornaba sin protesta al orden anterior. La subversión, por el contrario, es una negación de la ley que intenta transformar el orden social.⁴ En la era moderna, los ejemplos más claros de ella son la revolución francesa y la soviética, la destitución respectiva del orden aristócrata y burgués. Volviendo al Perú colonial, el accionar de los virreyes frente a la corona española era básicamente transgresivo. Cuando una ordenanza del Rey contravenía los intereses del virrey, éste, sin desafiar abiertamente a la autoridad española, muchas veces la desobedecía. Palma inmortaliza esta actitud con la imagen del virrey alzando la cédula del Real Acuerdo hasta sus labios para luego decir con voz robusta: «Acato y no cumplo».⁵

Según Portocarrero, durante la colonia el sujeto criollo se debatía entre la transgresión y el ideal de santidad. También descrito por Palma, la figura de don Diego —una especie de Don Juan criollo— ejemplifica este conflicto. Si bien su casa era el escenario de las más escandalosas orgías, don Diego formaba parte de una cofradía religiosa cuyos miembros se encapuchaban todos los viernes para ayudar a los más necesitados.⁶ Este debate intrasubjetivo iría, sin embargo, desapareciendo debido al debilitamiento de la autoridad religiosa. Para agravar aún más el panorama, la modernidad no consiguió fundamentar una moral laica que reemplazara al ideal de santidad como contrapeso al *ideal* de la transgresión. De este modo, la subjetividad criolla moderna se afianzó en una posición cínica, es decir, en una posición donde se niega la existencia del gran Otro, el cual debe ser entendido como el lugar

3 Bataille, G., *L'érotisme*, París, Editions de Minuit, 1956, p. 42.

4 Sobre la diferencia entre transgresión y subversión, leer Zizek, S., *The Ticklish Subject*, Londres, Verso, cap. 5, pp. 247-257.

5 Citado por Portocarrero. Cf. Portocarrero, G., «La transgresión como forma específica del goce del mundo criollo», en *Estudios culturales: discursos, poderes, pulsiones*. Lima, Red para el Desarrollo de Ciencias Sociales en el Perú, 2001, p. 545.

6 *Ibid.*, pp. 556-58.

virtual de autoridad desde el cual se articula la ley y el ideal social, y a la vez como el orden sociosimbólico positivo (es decir, como la actualización del deber-ser social —del gran Otro *qua* locus virtual— en leyes e ideales concretos). A lo escrito por Portocarrero, podría añadirse que, durante la década de los noventa, el tradicional cinismo criollo se acentuó debido principalmente a dos factores, uno local y el otro global, el fracaso de la revolución democrática del presidente Alan García y la caída de la Unión Soviética. Así como gran parte de los pobladores del globo, muchos peruanos adquirieron un firme escepticismo contra todo proyecto social y asumieron la ideología del neoliberalismo (casi como una segunda naturaleza). El tradicional impulso transgresivo del criollo, consecuentemente, halló una nueva legitimación en el capitalismo tardío, el cual desvincula al sujeto de la comunidad —ya sea tradicional o moderna— para reconstituirlo alrededor del narcisismo y la voluntad de goce.⁷

¿Podría decirse entonces que en el Perú la transgresión es la ley o que la ley es la transgresión? Dada nuestra experiencia cotidiana con la corrupción, provoca ciertamente responder que sí. Debemos, sin embargo, mantener la cabeza fría para no dejar escapar las sutilezas del asunto. Es cierto que la pendejada ha adquirido en el Perú estatuto de imperativo cuasimoral, el reverso sadiano del imperativo categórico de Kant. Pero también que *el pendejo* se percibe pocas veces a sí mismo como un transgresor y recurre a medias verdades para justificar sus acciones. *El pendejo* es a la vez cínico y canalla. Uno, aquel que niega la existencia del gran Otro —es decir, tanto de la existencia positiva del deber-ser social como de la posibilidad o necesidad de este deber-ser—, y que actúa guiado por la satisfacción de su propio goce. El otro, comparte con el cínico estas mismas coordenadas subjetivas pero además se sirve de la impostura social (del falso semblante).⁸ Para precisar mejor la figura del canalla, que es también la del sujeto criollo, pongamos un ejemplo de la vida cotidiana. En una cantina, un hombre le cuenta a otro: «¿Sabes

7 Adviértase que con ‘sujeto criollo’ no me refiero ni a la totalidad de la población ni tampoco a un tipo social determinado. Estoy esbozando más bien unas coordenadas subjetivas dentro de las cuales se encuentran potencial, actual o intermitentemente individuos de muy distinta índole. Estas coordenadas son dos: negación de la existencia del Otro y legitimación de la transgresión.

8 Las definiciones del cínico y del canalla en el presente escrito son las mismas usadas por Ricardo Goldenberg en «Cínicos, canallas y otras yerbas». En este ensayo, Goldenberg arguye que: «[...] precisamente por estar advertido sobre la naturaleza ficticia del Otro, el sujeto no necesita creer en otra realidad que su propia satisfacción. “Soy la pulsión que me mueve” diría el cínico si pudiera (si tal identificación no fuese inconsciente). [...] De quien el cínico se aproxima es del canalla, que también está informado de la inexistencia del Otro, a no ser como *semblant*». Cf. Goldenberg, R., «Cínicos, canallas y otras yerbas», 2003, p. 4, en «Los Psicoanálisis en Castellano desde el Sur del Planeta», URL: <www.topia.com.ar/congreso/inscriptos/leertrabajo.asp>.

qué?, me tiré a la mujer de mi hermano. No debí hacerlo pero no sabes lo rica que estaba. Además, no es mi culpa que mi hermano no sepa tirársela bien». Aquí la falta de hombría del hermano palia la falta del transgresor: podría argüirse incluso que la segunda falta se erige como una reparación de la primera, la cual concierne a los supuestos deberes naturales de un hombre para con una mujer. La referencia a esta moralidad cuasinatural permite al *pendejo* gozar de la transgresión sin delatarse como un ser exento de moralidad; también permite a los oyentes en la cantina gozar de la historia sin experimentar mayor culpabilidad.

Un cínico no tiene por qué ser un canalla, aunque el canalla sea siempre un cínico. El canalla es una especie entre la familia de los cínicos que se distingue por fingir la identificación con la ley o el ideal social para hacer prosperar sus intereses individuales.⁹ La figura del canalla, por cierto, no se agota con el ejemplo anterior e incluye también a ese sujeto que dice: «Yo creo en la ley, pero como en este país nadie cree en ella, desgraciadamente me veo obligado a transgredirla para evitar que me coman vivo». Ejemplar aquí es el caso del empresario que «se ve obligado» a sobornar a un juez para que falle a su favor en un litigio, ya que el fallo de este último se halla abierto al mejor postor. En apariencia, este individuo es víctima de las circunstancias y su transgresión es un acto de defensa propia. Cabe la posibilidad, sin embargo, de que esta elección forzada no sea tan forzada como se quisiera pensar: el empresario puede realizar las investigaciones necesarias para eventualmente denunciar al juez y/o a su rival en el litigio. Y que sea más bien el riesgo de incurrir en un alto costo lo que le impide a este empresario actuar de manera propiamente ética. Pero más allá de lo que se debe hacer, lo que nos interesa es señalar cómo, en muchos casos, el sujeto transforma falsamente el conflicto en inevitabilidad, la dificultad en impotencia, convirtiéndose así en cómplice de un orden transgresivo. En un nivel consciente, el hombre que dice: «Todo está podrido. Todo está corrupto. La única salida posible es actuar como los demás», se eleva sobre la podredumbre y la corrupción. En el plano inconsciente, sin embargo, esta víctima de las circunstancias participa y perpetúa el mismo sistema que denuncia. Dicho de otro modo, en sus acciones, a diferencia de su pensamiento, el sujeto se halla vinculado al orden corrupto mediante una fantasía.¹⁰

9 Un ejemplo de un cínico que no es un canalla es el toxicómano sin ninguna aspiración social. No teniendo el deseo de asirse del poder o acumular bienes materiales, este sujeto no recurre a la impostura o lo hace en la medida de lo indispensable. Omitiendo los casos en que llega a robar, ofrecemos como ejemplo al drogadicto que finge «normalidad» a fin de conservar el trabajo del cual depende su sueldo y la compra de la fuente de su goce, la droga.

10 En *The Sublime Object of Ideology* (Londres, Verso), Žizek establece la diferencia entre la clásica alienación ideológica y aquella que corresponde a la época posmoderna. En la primera, la captura ideológica se daba en el saber: el sujeto no sabía lo que hacía; él era,

Para entender bien esto último debemos distanciarnos de lo que comúnmente se entiende por el término anterior: una construcción imaginaria en la cual el individuo transgrede las normas sociales. Como lo señala Lacan la fantasía es, por el contrario, esa construcción imaginaria que asegura la inserción del sujeto al orden sociosimbólico.¹¹ La fantasía no es cuando yo sueño con tener relaciones sexuales con una mujer que me es inasequible en la realidad. Aquélla es más bien lo que me permite saber qué debo desear —en este caso, que debo desear a una mujer como «lo manda Dios» o la sociedad patriarcal. La fantasía no es, por lo tanto, una esfera paralela a la de la realidad, sino la piedra angular de ésta. Explayándose sobre el término, Zizek la define como una estructura objetivamente subjetiva: sin ser parte del orden objetivo del mundo ni de la percepción subjetiva, la fantasía es una apariencia que da cuenta de cómo las cosas «objetivamente le parecen al sujeto».¹² Volviendo al caso del transgresor involuntario, su creencia fantasmática en que el mundo está podrido y no puede ser de otra forma facilita su aceptación de —y participación en— un orden social donde los sujetos están condenados a comportarse como canallas. Y si bien él puede pensar e incluso proclamar su esperanza de que el mundo sea distinto, en sus acciones este individuo afirma su creencia en que el mundo sólo puede regirse por la pendejada —es decir, en sus acciones, esta bella alma hegeliana es un canalla que utiliza la impostura de la impotencia para actuar como aquellos a quienes él condena.¹³

Quizá no haya mejor manera de romper la ilusión de autonomía del cínico que recordarle la célebre frase de Genet: «Uno teme que se lo culeen por un centímetro, cuando en realidad ya lo está por varios metros».

para decirlo de algún modo, engañado por la ideología sobre el significado de sus propios actos. Bastaba entonces una lectura sintomática de sus contradicciones discursivas para hacerle entender la verdad detrás del embuste y conminarlo a actuar de otro modo. En la segunda, la captura se da en el hacer: el sujeto sabe lo que hace y, sin embargo, lo sigue haciendo. Es decir, el sujeto se da muy bien cuenta de la mentira ideológica pero actúa como si no se diera cuenta de ella. No obstante, si bien en el saber él escapa a la ideología, en sus actos el sujeto es capturado por la misma. De esto concluye Zizek que es totalmente falso que vivamos en una era posideológica. Cf. Zizek, S., *op. cit.*, pp. 31-33.

11 Lacan, J., *Le séminaire, livre V: Les formations de l'inconscient*. Paris, Editions du Seuil, 1998, p. 410.

12 Zizek, S., *The Plague of Fantasies*, Londres, Verso, 1997, p. 120.

13 Esto nos recuerda al devoto que escribe una plegaria en un papel y lo adhiere a una rueda tibetana que gira sin su ayuda: durante este rito religioso, él puede estar pensando en alguna fantasía sexual e incluso en la imbecilidad del rito pero, objetivamente, este hombre «está rezando». La creencia en este caso no se halla en el saber sino en el hacer: puesto que la fantasía ideológico-religiosa organiza la realidad social, la mera participación del hombre escéptico en el rito delata su alienación en el orden sociosimbólico existente.

Transgresión implícita, coartada de la subversión y aceptación de la podredumbre

¿Fueron Fujimori y Montesinos más *pendejos* que el criollo común, logrando *engatusarlo* con sus bien montadas artimañas? Si bien hallamos un delicioso placer en esta explicación que coherentemente se desplaza hacia la moraleja (la del burlador burlado), no se puede negar que la patraña fujimontesinista era muchas veces muy poco convincente, como lo fue, por ejemplo, aquella montada por el ministro Camet.¹⁴ Pasamos ahora a considerar, ya específicamente, la perturbadora hipótesis: la pendejada funcionaba como una fantasía sobre la cual se sostenía el apoyo de la población a la democracia con *mano dura* de Fujimori. Para darse cuenta de la existencia de esta narrativa imaginaria, basta con escuchar a quienes hoy relatan anécdotas sobre Montesinos, el canalla por excelencia.¹⁵ Detrás de su condena moral, escuchamos una risa cómplice que delata una admiración por su ingenio y frescura. ¿De dónde proviene? Pues principalmente de que en el Perú la pendejada es una virtud. De allí la popularidad de las imitaciones de Montesinos —o las de Manrique, el estafador de CLAE— en los programas cómicos. Cuando en uno de estos programas un entrevistador le pregunta al imitador de Manrique si cree que la gente es tan *cojuda* para darle su voto y él responde que si antes le han dado su plata por qué no le irían a dar su voto ahora, el público ríe identificándose con el *pendejo* a expensas del *lorna* estafado.

Evidentemente, la identificación de la población con las transgresiones del fujimonte-cinismo no podía funcionar de un modo tan prístino como en los programas de humor. A diferencia de la identificación explícita con una imagen ideal (con un padre o un héroe, por ejemplo), la del sujeto criollo con la transgresión sólo podía darse de manera indirecta, oblicua. Y esto porque la pendejada no es una virtud que proviene de la ley simbólica (entendida como la entidad que articula los principios fundamentales de una sociedad), sino una estructura imaginaria en la cual el otro es un rival que amenaza con ocupar *mi* lugar. Dicho de otro modo, la pendejada es una fantasía de sobrevivencia que permea la existencia social, a pesar de que aquella se halle a cierta distancia del discurso manifiesto de ésta. Visto desde esta perspectiva, concordamos con lo expuesto por Zizek en *The Plague of Fantasies*: para ser operativa, la fantasía debe permanecer implícita al orden simbólico que ella misma sostiene.¹⁶ No se trata simplemente de que la fantasía escenifica una transgresión, una válvula de escape para el sujeto (tolerada por el orden social) ante el rigor de la ley. La relación entre la una y el otro es más complicada.

14 Ver nota 1 de este artículo.

15 Quien utilizó la impostura del heroico y solitario hombre de inteligencia para acaparar poder político y amasar millones de dólares.

16 Cf. Zizek, S., *The Plague...*, p. 18.

La fantasía es aquello que delata la estructura libidinal del orden social y que por eso mismo debe permanecer oculta.

Para ilustrar este lazo paradójico, Zizek relata ciertas anécdotas de su paso por el ejército yugoslavo, el cual —como casi todos los ejércitos del mundo— era en exceso homofóbico. En las barracas, los soldados se regodeaban con bromas homosexuales de distinta índole. El saludo normal (el *hola*), por ejemplo, era comúnmente reemplazado por la expresión: «Fúmate mi *verga*». A veces los juegos de palabras se traducían incluso en actos físicos. En Serbia y Croacia, la expresión para los huevos fritos es «huevos en el ojo».¹⁷ Una vez, cuenta Zizek, un soldado, echado sobre su lecho, poco después de su merienda de regimiento, comentó que aún tenía hambre y que no le molestaría comer algo simple como «huevos en el ojo». Sus compañeros no desaprovecharon la oportunidad para abrirse las braguetas y poner sus testículos en el ojo del desatinado conscripto. Esta y otras anécdotas conducen a Zizek a la siguiente reflexión: no es que la homosexualidad amenace la estructura patriarcal del ejército, sino que, para sostener a esta última, el ejército precisa de ese lazo libidinal, aunque luego deba desentenderse de él.¹⁸ La comunidad militar se erige sobre un fantasma homosexual que facilita el lazo intersubjetivo entre los soldados —lo cual no implica que éstos sean homosexuales—, fantasma que, sin embargo, debe permanecer en la penumbra para no desbaratar el discurso manifiesto del ejército.

Volviendo al fujimontecismo, podría decirse que sus acciones oscuras constituían el trasfondo fantasmático que funcionaba como el soporte de su discurso oficial. No hablamos ya de un fantasma homosexual sino de uno que nos es propio, la transgresión canalla de la ley, o para decirlo una vez más en argot popular, la *pendejada*. Si la homosexualidad era el vínculo intersubjetivo que sostenía el orden militar yugoslavo, la *pendejada* era el lazo oculto que aseguraba la sujeción del sujeto criollo a la democracia con mano dura de Fujimori. Especifiquemos para evitar malentendidos: el sujeto criollo aceptaba y gozaba de las transgresiones de Fujimori en el plano imaginario (o fantasmático), mientras que se desentendía de ellas en el plano simbólico. Si bien el fujimonte-cinismo ocultaba sus transgresiones para mantenerse en el poder, la sugerencia involuntaria de las mismas funcionaba como un lazo afectivo con el sujeto criollo, lazo extraideológico que paradójicamente es el soporte último de toda ideología o discurso oficial. La sugerencia de la transgresión era una suerte de «guiño del gobernante» que informaba a la población que «él era más que un tecnócrata», el impasible agente de la ideología neoliberal. La pícaro sonrisa ladeada de Fujimori, aunada a su tonito burlón a

17 Como en el Perú, allá ‘huevos’ también aluden a ‘testículos’.

18 Cf. Zizek, S., *The Plague...*, pp. 24-25.

la hora de impartir alguna medida oficial con la que perjudicaba a sus opositores, cumplía subrepticamente esta función, la de hacerle saber al sujeto criollo que él (Fujimori) era un criollo como *todos nosotros*.

La sonrisa de Fujimori era más compleja de lo que puede parecer. Por un lado, sugería que *él era un pendejo*, es decir, un cínico y un canalla. Por otro, su autocomplacencia con esta sonrisa, la de quien se ríe de sus maldades, le comunicaba a la población que él mismo sabía que sus acciones estaban del lado de la pendejada. Esto es muy distinto de lo que sucede hoy en día con Toledo, quien no pone sobre la mesa esta conciencia de la canallada cuando se aferra al discurso del «Déjenme trabajar» cada vez que pretende distraer al público de alguna de sus transgresiones. Toledo es percibido por la población, por ello, como el tradicional canalla que justifica su goce mediante un discurso oficial. Fujimori, como una especie de metacanalla que parecía insinuar con su sonrisa: *Todos los peruanos violamos la ley, yo no soy la excepción. No hay que tomarse la ley demasiado en serio. Yo robo, pero hago*. En un plano fantasmático, entonces, Fujimori, a diferencia de Toledo, era un *pendejo honesto*.

Ahora bien, puesto que las transgresiones del fujimonte-cinismo eran a veces demasiado evidentes y sus intentos de encubrirlas demasiado pueriles, al sujeto criollo se le hacía francamente difícil gozar de ellas y negarlas sin verse obligado a enrostrar su propia hipocresía. Es por ello —para evitar el laceramiento de la culpa— que si bien la transgresión del gobierno era negada o puesta en duda, este desentendimiento era suplementado por un discurso que la justificaba en nombre de la subversión de una falsa democracia en el país. Es decir, el sujeto criollo interpretaba las transgresiones del gobierno como una suerte de praxis subversiva que se desprendía de una hipermoral cuyos bienes supremos eran la pacificación y reestructuración del país. Hasta cierto punto, se puede decir que existía en verdad un componente de subversión en el fujimonte-cinismo: el gobierno no desmentía sino que se jactaba del autogolpe del 5 de abril así como de ciertas medidas de emergencia que introdujo en la lucha contra el terrorismo.¹⁹ Pero si el fujimontesinismo se postulaba como un orden simbólico emergente —recuérdese que Fujimori veía su mandato como un punto de quiebre en la historia del Perú—, el que negase sistemáticamente la mayoría de sus atropellos al orden legal revela que aquél se mantenía preponderantemente dentro de una estructura transgresiva; de allí nuestro uso del término fujimonte-cinismo.

Dejando de lado la discusión sobre las intenciones reales del gobierno, no puede negarse que sus acciones contra la legalidad eran validadas por gran parte de la población debido a que ésta albergaba un deseo de cambio. Por

19 Son ejemplos los comités de autodefensa, los jueces sin rostro, la ampliación de la jurisdicción de los tribunales militares, etc.

otro lado, sin embargo, el que el sujeto criollo mantuviese en la ambigüedad si las acciones del gobierno eran transgresivas o subversivas, revela el cinismo de su posición subjetiva. Tanto el ejército yugoslavo como el sujeto criollo hacían un esfuerzo denodado por mantenerse en el enigma de la situación —en el «Je ne veux rien savoir» (Yo no quiero saber nada), lema que ejemplifica, según Lacan, la estructura básica del conocimiento humano.²⁰ Pero dado lo explícito de su fantasía, el sujeto criollo recurría al «Je ne veux rien savoir» sólo cuando fracasaba la canallada de justificar los actos de Fujimori en función de la subversión. Recurramos una vez más al ambiente de cantina para ilustrar esta hipótesis. Un individuo argumenta a favor del derecho de Fujimori de violar la ley por el bien de la nación. Cuando su interlocutor intenta hacerle ver que quizá esas violaciones no le harán al país ningún bien o que, peor aún, están encaminadas del lado del mal, entonces aquél varía su postura y arguye que no está probado que Fujimori haya violado la ley.

Esta es una estrategia parecida a la que utilizan hoy en día muchos fujimoristas al criticar los resultados de la Comisión de la Verdad con respecto a los excesos sistemáticos de las fuerzas armadas en su lucha contra Sendero. Congresistas como Rafael Rey o Martha Chávez, por ejemplo, niegan la veracidad de estas conclusiones a la vez que lanzan un desafiante: *Gracias a las fuerzas armadas, ustedes pueden ahora discutir con toda tranquilidad sobre los errores del pasado*. En los intersticios de este doble discurso, lo implícito, lo no-dicho, lo que se les queda en «la punta de la lengua», es lo siguiente: *Yo justifico los excesos de las fuerzas armadas*. A esta estrategia defensiva, Freud le da el nombre de «renegación», la cual consiste en aceptar un hecho y al mismo tiempo negarlo.²¹ Aceptando los crímenes de las fuerzas armadas en el plano imaginario y negándolas en el simbólico, Rey y Chávez —así como el sujeto criollo— se pueden dar el lujo de justificar un crimen del gobierno que nunca ocurrió.

Ya hemos visto dos maneras de proceder del sujeto criollo con respecto a las transgresiones del fujimonte-*cinismo*: el gozar/desentenderse de ellas y el justificarlas en nombre de una subversión. Nos falta mencionar la última, la más triste quizá —nos referimos a aquella que llena los espacios vacíos en una frase muy conocida: *Todos los políticos roban. Fujimori roba, pero hace*. Detrás de este argumento supuestamente pragmático, realista, se esconde

20 Lacan, J., Seminario III: *Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1984, p. 109.

21 Sobre el concepto de renegación, ver el artículo de Freud, “Escisión del ‘Yo’ en el proceso de defensa”, escrito en 1938. Aquí Freud describe la renegación como un mecanismo de defensa “refinado” a través del cual el niño acepta y niega a la vez la ausencia del falo en la madre. Cf. Freud, S., “Escisión del ‘Yo’ en el proceso de defensa” en *Obras Completas*, tomo III. Traducción directa del alemán por L. López-Ballesteros, Madrid, Editorial Nueva, 1981, pp. 3375-77

el fantasma de la pendejada, esa estructura objetivamente subjetiva gracias a la cual el sujeto criollo no puede siquiera imaginar que el país pueda gobernarse dentro de la legalidad. La corrupción adquiere un estatuto ontológico, y los honestos deseos de corregirla de una canallada más, o en el mejor de los casos, de una ilusión romántica. De esta manera el sujeto criollo acepta que le roben, menos quizá puesto que también *se hace*, pero que le roben a fin de cuentas. Lo cual nos recuerda la famosa observación de Lacan de que el canalla no sería más que un humorístico personaje idiosincrásico si la canallada colectiva no condujera directamente a la estupidez.²²

La instalación de la ley

De la transgresión implícita pasamos ahora a otro velo fantasmático señalado por Žizek, la instalación de la ley. Se piensa comúnmente que la fantasía es una imagen alucinatoria en la cual el sujeto realiza sus deseos prohibidos. Žizek, sin embargo, opina que la fantasía escenifica el deseo del sujeto de someterse a la prohibición.²³ El sujeto sadomasoquista, por ejemplo, le paga a una *dominatrix* para que lo inmovilice con cuerdas y grilletes, y luego castigue su cuerpo con un látigo. La paradoja aquí raya en lo risible: el sadomasoquista, el perverso por excelencia, quien supuestamente existe fuera de toda norma social, reclama en sus elaborados rituales la agencia prohibitiva que lo separa de un goce sexual espontáneo. La perversión es una noción muy cercana a la fantasía, por ello concluye Lacan que la fantasía es fundamentalmente perversa.²⁴ Así como el deseo perverso, la fantasía catapulta al sujeto no hacia la libertad existencial, sino a su sometimiento al rigor de la ley.

Teniendo esto en cuenta, no es difícil entender la fascinación del sujeto criollo por el autoritarismo de Fujimori. Para aquél, la ley no tiene gran peso en su estructura psíquica. A diferencia del estadounidense, quien antes de realizar una acción se pregunta con culpabilidad si ésta está fuera o dentro de la ley, el criollo se limita a ponderar si será penado o no por violarla. Paradigmático es aquí el conductor criollo que, al hallarse ante una luz roja, se inclinará a pasársela luego de constatar que no hay policías en los alrededores. Que un establecimiento comercial escriba «Es la ley», debajo de un aviso que prohíbe la venta de alcohol a menores, es una práctica muy común en Estados Unidos que no tiene cabida en nuestro país, ya que, al transgredir la ley, el

22 Cf. Lacan, J., *Le séminaire, livre VII: L'éthique de la psychanalyse*, Paris, Editions du Seuil, 1986, p. 215

23 Žizek, S., *The Plague...*, p. 14

24 Para Žizek, la noción de la fantasía es cercana a la de perversión en el sentido de que ambos aseguran la sujeción del sujeto al gran Otro. Así como la fantasía, el ritual perverso escenifica el acto de castración, de la pérdida original que permite al sujeto ingresar al orden simbólico. Cf. Žizek, S., *The Plague...*, p. 14.

sujeto criollo no piensa que esté traicionando alguna instancia en sí misma. La famosa frase atribuida al general Benavides ilustra muy bien esta situación: «Para mis amigos todo; para mis enemigos, la ley». Y esto porque la ley es percibida por el criollo no como aquello que media su relación con el otro, sino como el crimen institucionalizado que permite al otro gozar de él.

No sería erróneo establecer una analogía meramente formal entre el sujeto criollo y el sujeto posmoderno. Con la caída de los ideales de la autoridad paterna (Padre, Dios), con la desintegración de ese gran Otro, de ese *locus* del deber-ser que otrora frenaba su imperiosa necesidad de goce, el sujeto posmoderno experimenta, parafraseando a Fromm, el miedo de la libertad, y busca paliar de mil formas su gran *angst* existencial, ya sea entregándose a fantasías sadomasoquistas, abrazando fanáticamente la religión o votando por líderes neofascistas que intenten recuperar una perdida esencia comunitaria (el caso de Joseph Heider y Jean Marie Le Pen son aquí emblemáticos).²⁵ El sujeto criollo, por su parte, sufre desde hace mucho de la ansiedad de existir en un territorio exento de ley o ideales. No sorprende, entonces, que el estilo autoritario de Montesinos y Fujimori haya podido ofrecerle la ilusión histórica de trascender el caos de su existencia republicana. En otras palabras, la dictadura fujimontesinista supo encarnar esa frase que desde hacía mucho amenazaba nuestra vida democrática: *El Perú necesita un Pinochet*.

Sin duda alguna, este enunciado revela la posición perversa de su emisor, principalmente la del sujeto criollo en las clases altas. ¿No es aquella a fin de cuentas una narrativa fantasmática indisociable del sometimiento del sujeto a una ley imaginaria con la cual se pretende cubrir los antagonismos sociales, es decir, lo real? Si el histérico se pregunta hasta al cansancio qué quiere el Otro de él, sin llegar jamás a una respuesta satisfactoria, el perverso responde con inusitada facilidad y certeza, para hacer existir al Otro en tanto absoluto, en tanto poseedor de un saber infalible sobre la existencia, librándose de este modo del ansioso dolor de asumir su libertad en un universo sin significado. Por ello, es demasiado fácil concluir que Fujimori y Montesinos recurrieron al engaño para destruir nuestra frágil democracia. La verdad es que ellos eran el producto *natural* de una narrativa fantasmática que desde hacía mucho reclamaba la ley en su versión más tiránica. Parafraseando a Kundera, su autoritarismo fue el resorte imaginario que permitió al sujeto criollo cobijarse de la insoportable levedad de su ser.

Obsérvese, sin embargo, la diferencia entre la ley negada y la ley asumida por este sujeto. La primera, una ley simbólica, una entidad dialéctica en la

25 En *The Ticklish Subject*, Žizek observa que la desintegración del orden simbólico (patriarcal) en la época actual se halla compensada por un no-reconocido vínculo pasional en el sujeto que lo incita aún más fuertemente a la obediencia. Paradójicamente, el sujeto posmoderno, hallándose libre de la tradición, escoge libremente someterse a un amo. Cf. Id. sup., pp. 344-5.

cual se halla incluido el legislador mismo. La segunda, una ley imaginaria, un imperativo incuestionable que depende de la figura del legislador.²⁶ De asumir la ley simbólica, el sujeto evalúa al gobernante de acuerdo con el modo en que hace cumplir los principios fundamentales que subyacen las relaciones sociales.²⁷ Pero de asumir la imaginaria, aquél tiende a evaluar a éste de acuerdo con su capacidad de asumir la posición de amo. Parte —y repito, parte, y no la más importante— de la insatisfacción de la población con Toledo se basa precisamente en su incapacidad para interpretar este papel. En el caso del «Arequipazo», por ejemplo, muchos sectores de derecha le criticaron el haber retrocedido ante los arequipeños, comparándolo inmediatamente con Fujimori, ese «presidente de verdad», quien jamás retrocedió un centímetro ante la presión de sus adversarios políticos. Preso de esta estructura imaginaria, el sujeto criollo añora hoy el retorno de su amo para el 2006, sin detenerse a reflexionar sobre la diferencia entre un acto político y su simulacro.

Antes de proseguir, debemos considerar una aparente inconsistencia en nuestra exposición. En el segmento anterior argumenté que el sujeto criollo era un canalla para quien la ley del Otro no pesa verdaderamente y que recurre a la renegación para sostener sin culpa alguna su complicidad en los crímenes del gobierno. Pero en el presente segmento descubrimos un movimiento opuesto, este sujeto es un perverso que busca someterse al rigor de la ley para asegurar la satisfacción del Otro: no hay mejor manera de esquivar la ardua tarea de sostener el propio deseo que sometiéndose a los designios de un Dios omnisciente. La solución a esta paradoja es que la perversión y el cinismo son las dos caras de la misma moneda. Las dos comparten el descreimiento en la existencia de la legalidad y el ideal social. El cínico-canalla, como ya lo hemos visto, finge cumplir la ley y encarnar el ideal, cuando en realidad actúa en función de su propio beneficio. Sin embargo, cuando por uno u otro motivo la levedad de esta posición se torna insoportable, el cínico asume una posición perversa que se regocija en someterse al peso de un imperativo tiránico. Así como el fascismo es el liberalismo asustado, la perversión es el cinismo temeroso de la insoportable ausencia de orden en el mundo.

La ineficacia de lo imaginario

Cabe ahondar en un punto que hasta ahora no hemos explotado lo suficiente: detrás de ambos velos de la fantasía encarnada por el fujimonte-cinismo, existía en el sujeto criollo un deseo de cambio, ya fuese en la forma de una subversión o la instalación de la ley, las cuales no son tan distintas como

26 Sobre esta ley imaginaria que funciona como un imperativo en la cual no está incluido el legislador, ver el mito del padre de la horda primitiva en *Tótem y Tabú* de Freud y la discusión sobre la ley de la madre en el Seminario V de Lacan, p. 188.

27 Por ejemplo la justicia, la igualdad, etc.

podiese parecer: después de todo, la subversión trae implícitamente consigo un nuevo orden. Este deseo fue, por así decirlo, la parte sana de la relación entre el sujeto criollo y la dictadura de la década de los noventa.²⁸ No obstante, es importante resaltar que este deseo permaneció alienado en un simulacro que obstaculizó el surgimiento de un verdadero acontecimiento político en el Perú.

Con relación a la primera fantasía, el sujeto criollo se entregó a un goce imaginario en el cual perdió de vista la alteración real del orden simbólico, o, para decirlo de otro modo, se estancó en la admiración de imágenes de cambio en vez de perseguir un cambio en lo real. Un suceso de la década pasada ilustrará esta aseveración. Durante el autogolpe de 1992, las fuerzas del orden bañaron con agua a senadores y diputados a fin de impedir su ingreso al Congreso de la República. Esta imagen funcionó como una especie de carnada para el grueso de la población, quien descontenta con los partidos tradicionales vio en ella la evidencia de la inminente renovación de la clase política. Que la gente estuviese dispuesta a apoyar un cambio tan sensato y necesario no es malo en sí mismo. Quienes se contentan con criticar la falta de cultura democrática del pueblo convenientemente ignoran lo poco que ha hecho la democracia por él. Resulta menos hipócrita criticarlo por no haber exigido de manera contundente al gobierno de Fujimori una modificación verdadera de las estructuras políticas del país. De cualquier modo, debido a su fascinación con esas imágenes supuestamente subversivas, el sujeto criollo tuvo que contentarse con un simple cambio de actores políticos, es decir, con el retorno de las mismas transgresiones de siempre.

Hay que repetirlo: no se trata simplemente de que este sujeto haya confundido ilusamente una subversión real con el espectáculo de la subversión, el cual es a fin de cuentas una mera transgresión. Se trata, además, de que se vio capturado por imágenes de goce en las cuales se humillaba a quienes él consideraba los autores de —o los colaboradores en— su propia humillación. Que Fujimori obligase al canciller Tudela a bailar «la tecnocumbia del Chino», va más allá de la ridiculización de un *blanquiñoso* arrítmico. Lo que estaba en juego en esta escena era que un representante de la vieja oligarquía se vio obligado a ponerse en una posición de subalterno ante Fujimori, el representante de los chinitos y los cholitos, el único presidente en la historia republicana que se atrevió a articular una frase que encierra una verdad a pesar de la utilización demagógica de su emisor: «Los blancos han fracasado en el Perú». Pero creyendo gozar él ahora de sus opresores (la oligarquía, los políticos tradicionales),

28 Debe reconocerse, además, que el fujimonte-*cinismo* no hubiese podido apropiarse de este deseo sin haber obtenido ciertos logros concretos en el país, entre ellos la desarticulación de Sendero Luminoso, la estabilización de la inflación, la construcción de carreteras y escuelas, etc.

paradójicamente el sujeto criollo (en este caso de estrato popular), se convirtió en el objeto de goce de la alianza entre la burguesía y el capital internacional, la cual fue la principal beneficiada del fujimonte-*cinismo*. No es ningún secreto que durante esta dictadura con rostro democrático aumentó la disparidad social a la vez que se regresionaba en derechos laborales. Para las clases media y baja, el precio de su goce inmediato fue el afianzamiento socioeconómico de la élite. Recordamos con esto la observación de Lacan: la canallada colectiva conduce a la estupidez colectiva.

En relación con la segunda fantasía, el justificado anhelo por la imposición de la ley se redujo al espectáculo pasivo de demostraciones arbitrarias de represión política. Tanto el crimen de la Cantuta como el de Barrios Altos eran, para el sujeto criollo, las imágenes sensacionalistas que le servían de garantía de que la ley castigaba el desorden y la impotencia de la democracia. Una vez más, este sujeto se estancó en un espacio imaginario, anulándose como agente de un verdadero acontecimiento político y convirtiéndose en el instrumento de goce del gran Otro. En términos políticos, el sujeto democrático es quien niega la infalibilidad del gobernante *qua* representante del gran Otro y asume la tarea de interpelarlo o fiscalizarlo. El perverso, por el contrario, no puede soportar la falibilidad del Otro y se esmera en otorgarle la infalibilidad mediante su apoyo acrítico. Podría decirse entonces, que tanto el perverso como el sujeto criollo se muestran incapaces de soportar la indeterminación que conlleva a asumir la ley en su versión dialéctica, y por ende se cobijan en una actitud pasiva que les permite gozar como objeto-instrumento de la imposición arbitraria de la autoridad. Es por ello que, ante esa cómoda explicación de que Fujimori y Montesinos engañaron a la multitud utilizando los medios de comunicación para proclamarse como salvadores de la patria, provoca ciertamente aventurar la interpretación opuesta: que el sujeto criollo engañó a este dúo corrupto haciéndoles creerse la fantasía de la salvación para así poder desentenderse de la responsabilidad de asumir esa posición subjetiva que puede ser gran causa de ansiedad, la del ciudadano democrático.

Atravesar la fantasía social

¿Cómo pasar de la transgresión a la subversión? ¿Cómo pasar del simulacro de la política a lo político propiamente dicho? En primer lugar, es preciso reconocer que la pendejada no es una realidad inmutable sino una narrativa fantasmática que sostiene la existencia canalla del sujeto criollo, esa posición subjetiva que está de distintas formas y en distintos grados en todos nosotros. En segundo lugar, debemos atravesar esa fantasía que ocluye lo real de los antagonismos sociales. De parte de la población, la pendejada es, en principio, una respuesta precaria a un orden que se considera injusto. Ante la ausencia

de recursos económicos, los habitantes de una vivienda atan un cable suyo a uno del alambrado público para procurar la energía eléctrica necesaria para su hogar. Este ejemplo nos revela que, antes de osificarse como una cosmovisión, la *pendejada* da cuenta de una necesidad o aspiración justificada. No diremos nada de la moralidad o inmoralidad de la acción anterior. Lo importante es distanciar el rechazo de la iniquidad (como negatividad pura) de la voluntad de goce (como negación objetivada), que hace del sujeto un cínico y un canalla. Resumiendo y completando lo anterior: la *pendejada* es una respuesta a la injusticia, pero también una pantalla, una construcción objetivamente subjetiva que impide al sujeto atacar políticamente el entuerto.

Habrà entonces que distanciarse de la apropiación del sentido común del famoso imperativo terapéutico de Lacan, atravesar la fantasía, la cual se contenta con distanciar al sujeto de su producción imaginaria. En términos políticos, atravesar la fantasía no quiere decir limitarse a cumplir las leyes de una democracia formal, el falso semblante de la iniquidad. Esta sería la prescripción del canalla que —como lo dice Vaché de «la raza de Abel»— goza del cielo y de sus gendarmes. Pues el simplemente posicionar la honestidad como un ideal para el sujeto criollo equivaldría a taponar los conflictos reales que subyacen y le dan fuerza a la fantasía de la *pendejada*. Atravesar la fantasía no quiere decir entonces distanciarse de ella mediante un ideal que funcione de contrapeso intrasubjetivo, como lo era el ideal de santidad para el goce transgresivo en la época colonial. ¿No hay algo risiblemente falso en un lema, por ejemplo, *Al policía se le respeta*? El esgrimir simplemente un ideal deja inalterado el marco fantasmático a través del cual se percibe la realidad y, por ende, se halla condenada al fracaso. Atravesar la fantasía quiere decir más bien identificarse con los antagonismos reales que en ella deviven deformados. La fantasía de la *pendejada* divide el mundo entre *pendejos* y *lornas*. La identificación con el primero trae consigo la perpetuación de la iniquidad, ya que la transgresión suspende transitoria pero eventualmente completa el orden existente. La única solución posible a este *impasse* consiste, por lo tanto, en la identificación política con el *lorna*.

A fin de evitar el malentendido, he de ahondar en la naturaleza de esta prescripción. Recuérdese que si bien el *lorna* es víctima del *pendejo*, no por ello aquél está fuera del sistema de la *pendejada*. En un grupo de chicos de barrio, por ejemplo, el *lorna* es quien experimenta una tensión entre su diferencia subjetiva y el sistema *pendejo* del barrio. El *lorna* intuye, presiente (y, quizá, hasta sabe) que no encaja en este sistema, que éste no representa adecuadamente la singularidad de su ser. La tensión en este sujeto se debe al conflicto entre su deseo de encarnar el ideal de la *pendejada* y su incapacidad para hacerlo. No obstante, el *lorna* se obstina en su identificación con los ideales de este sistema, obstinación que lo convierte en un ser patético y

risible: nada suscita más la burla del pendejo que los intentos fracasados del *lorna* por demostrar su astucia. Como lo advierte en alguna parte Elizondo, «no hay nada más patético que el mal mal hecho». Por ello, identificarse con el *lorna* no quiere decir para nosotros identificarse con su existencia positiva sino, más bien, identificarse con aquello que en el *lorna* es más que el *lorna*, con la diferencia, la marca negativa no articulada o explotada en él. El *lorna* solamente es *lorna* en tanto que se esfuerza por pertenecer al grupo de *pendejos*: si no se identificase con los ideales del grupo, el *lorna* permanecería para sus integrantes como un personaje distinto, indescifrable quizá. Identificarse con el *lorna* implica articular aquello que no está representado en el sistema *pendejo*: para parafrasear a Nietzsche, esto consiste en convertirse en quien uno es (pero no lo es aún): en asumir y articular esa diferencia muda que se encuentra objetivada en el personaje del *lorna*.

Ahora bien, en términos políticos, identificarse con este personaje equivale a identificarse con el excluido, con el marginado, con la parte sin parte: es decir, con la que no está propiamente representada por el sistema y que no goza de igualdad de derechos u oportunidades en él. Pongamos un ejemplo para hacer descender de la abstracción estas palabras. De acuerdo con la ética capitalista, la quiebra de una empresa es un suceso que responde a la lógica progresista del capital: si Hegel hablaba de la astucia de la razón, hoy en día se habla de la astucia del capital: la astucia del espectro que dirige el devenir histórico para mejor. Debido al inminente ingreso de los textiles chinos, gran parte de la economía informal —incapaz de competir con los precios de estos productos extranjeros— está condenada a la desaparición. De más está decir que este sector de la economía no cuenta con una representación adecuada en el sistema: aquél es sin duda alguna la parte sin parte del Todo. En este caso, la identificación con la parte sin parte consistiría en representar los intereses de este sector. Pero, una vez más, no se trata de identificarse con la existencia positiva de estos excluidos, proponiendo un proteccionismo que preservaría la textilería informal cual una pieza de museo del sobrecosto de la producción. Se trata de identificarse con los esfuerzos por sobrevivir de este sector mediante una inversión estatal que ayude a los informales a elevar su productividad, bajar sus costos, adecuar su maquinaria a las demandas del mundo globalizado (todo esto aunado quizá a un proteccionismo temporal). De este modo, la identificación con la parte sin parte podría adquirir un carácter verdaderamente político, *la parte sin parte* cobrando ahora existencia positiva en una Nueva Parte (la colusión de la economía informal y el Estado) que pasaría a representar el Todo de la Nación. Después de todo, ¿no son los «manotazos de ahogado» de los informales precisamente lo que distingue a la mayoría de los peruanos, desde el profesor que se pasa el día en las combis para enseñar en un colegio, una academia y dos universidades, hasta el lector

de las noticias televisivas que durante el día ejerce como un *cachuelo* su antigua profesión de abogado?

Adviértase, en primer lugar, que, a diferencia de la identificación religiosa con el excluido, la cual se contenta con el llanto fraterno de las víctimas y la prescripción de emular al Cristo sufriente, esta identificación política implica el reconocimiento de que el sistema neoliberal existente es *una gran pendejada* que *lornéa* al grueso de la población. Es decir, mientras la primera es cómplice de un conservadurismo que pretende reconciliar al excluido con su posición desaventajada en el mundo, la segunda es un llamado a atravesar con un acto político una fantasía social en la cual el neoliberalismo, así como la pendejada, aparece como un destino inexorable.

Adviértase, en segundo lugar, que, como todo acto político verdadero, la identificación con el excluido no consiste solamente en representar los intereses de un sector visible o mal representado de la estructura social existente, sino también en elevar la parte sin parte al estatuto de representante de un Todo social en potencia. No hay que confundir este acto político con la política posmoderna, la cual consiste en representar los intereses de los distintos sectores de la estructura social existente, sin jamás cuestionar a esta última. Pues de lo que se trata en él es de hacer estallar esta estructura mediante la afirmación de esa parte sin parte que se encuentra en cada una de las partes concretas como una marca negativa, implícita, muda. Ello nos conduce a la siguiente reflexión: si se ha de violentar una estructura, no se puede eludir la violencia contra las partes existentes que han sido formadas por dicha estructura; en resumen, la violencia de un acto político no puede sino comenzar en casa. Ahora, esta marca a la cual hacemos mención no es un ideal abstracto impuesto o inventado por un dogma. Lejos de ser un ideal que proviene de una instancia ideológica exterior, la marca es el resultado del choque de las aspiraciones de cada una de las partes con la injusticia estructural. Choque o *encontronazo* que no es tan distinto como uno pudiera pensarlo, pues la estructura es la misma para todos.²⁹

Por último, no se pierda de vista que para llevar a buen término todo acto propiamente político, es preciso dejar de lado las rivalidades y espectáculos imaginarios que trastocan el impulso subversivo en transgresión. Los resentimientos contra determinados grupos sociales pueden nublar el juicio hasta el punto de hacer perder de vista la eficacia de una acción determinada,

29 Quizá el mejor ejemplo de ello fue cuando una de las madres de las jóvenes víctimas de la discoteca de clase alta *Utopía*, luego de un fallo judicial que exculpaba de la catástrofe a los dueños, verbalizó espontáneamente esto: «Con razón en el Perú la gente toma la ley en sus propias manos»; identificándose con sus antípodas sociales: los pobladores del *remoto* pueblo de llave, quienes, cansados de la indolencia del Poder Judicial, ajusticiaron a su alcalde por considerarlo culpable de latrocinio.

como sucedió por ejemplo con la humillación de ciertos personajes representativos de la oligarquía y la clase política durante el decenio del fujimontecinismo.³⁰ Sería poco riguroso, sin embargo, no admitir que esta propuesta no prosperará en la praxis sin la destrucción de esas estructuras que son defendidas *con todos sus dientes* por los grupos ya mencionados. ¿Cómo lograr que las conclusiones de la Comisión de la Verdad se conviertan en materia del Poder Judicial sin reducir la influencia de Acción Popular, APRA y los remanentes de Cambio 90? ¿Y cómo conseguir el surgimiento de pequeños empresarios sin desanudar la alianza entre el capital extranjero y los hegemónicos grupos de poder económico en el país? Que estos objetivos requieren a veces la suspensión violenta del orden legal, es la peligrosa verdad que fue diestramente manipulada por el fujimontecinismo, peligrosa verdad cuya negación no está tampoco exenta de peligros: entre ellos, la perpetuación del cinismo del sujeto criollo como resultado de la corroboración de su certeza de que nada cambia y nada puede cambiar.

30 Es importante recordar lo dicho por Lacan con relación al tonto (el *fool*), la figura opuesta del canalla (el *knave*). Entendía al político de derecha como un *knave* (se sirve del falso semblante del orden y el trabajo para defender los intereses de la gran burguesía) y al de izquierda como un *fool* (cree que el capitalismo es un límite a la expresión de una naturaleza humana esencialmente buena). Para Lacan, al alcanzar dimensiones colectivas, estos personajes se convierten en una amenaza para la comunidad. Así como la canallada colectiva concluye en la estupidez colectiva, la estupidez colectiva concluye a su vez en la estupidez colectiva. Para ilustrar esto último basta con recordar a Abimael Guzmán, el *fool* que creía en una utopía social y que al movilizar a (ciertos segmentos de) la población la convirtió en una organización canalla (Sendero Luminoso) dispuesta a justificar sus más horribles crímenes en nombre de la revolución.